

—¡Qué puerta va a ser! ¡Esta puerta! — contestóle señalándola con energía.

La rana contempló la puerta con sus grandes ojos mortecinos. Acercóse, y pasó por ella el pulgar, como si probara la pintura, después miró a Alicia.

—¿Para contestar a los que llaman? — dijo —. ¿Y qué preguntas?

Hablaba con voz tan ronca que Alicia apenas pudo entenderla.

—No sé lo que quieres decir — repuso Alicia con mal contenida cólera.

—Creo que hablo castellano. ¿No te parece? ¿O estás sorda? — replicóle la rana también algo amoscada.

—¡Nada! — exclamó impaciente —. Estaba llamando.

—¡No hagas eso! ¡No hagas eso!... — murmuró la rana —. La enojas, ¿sabes?

Y acto seguido dióle a la puerta una tremenda patada con uno de sus grandes pies.

—Y déjala en paz — jadeó mientras se volvía a su árbol a pequeños saltos —. ¡Déjala en paz, y ella te dejará en paz a ti. ¿Entiendes?

Alicia, con gran sorpresa, vió abrirse la puerta de par en par, y el canto de una voz penetrante llegó a sus oídos. La letra era como sigue:

*Al mundo del espejo fué Alicia a mostrar su realeza,
Con el cetro en la mano, corona en la cabeza.
Y que todos los seres del espejo, todos sin excepción,
Asistan con las reinas, y Alicia, a esta reunión.*

Cientos de voces uniéronse en coro a esta voz:

*Que se llenen los vasos, de prisa, muy de prisa;
Salpiquemos la mesa con salvado, y también con botones
[de camisa.*

*En los té s pongan gatos; ratas en los cafés.
¡Bienvenida sea Alicia, por treinta veces tres!*

Siguió a esto un confuso estrépito de risas, y Alicia pensó: «Treinta veces tres son noventa. ¿Lo habrá contado alguien?»

Hubo un poco de silencio y en seguida la voz chillona cantó este otro verso:

*¡Oh seres del espejo! — dijo Alicia —. ¡Venid!
¡Qué honor el poder verme! ¡Qué bien poderme oír!
¡Es un gran privilegio, en verdad os lo digo!
¡El comer con las reinas... blanca, roja..., y conmigo!*

Y el coro de nuevo:

*¡Que se llenen los vasos de tinta y de azahar!
¡O de otra cualquier cosa que halague el paladar!
Bebe arena con sidra, con el vino y pimienta...
¡Bienvenida sea Alicia, nueve veces noventa!*

—¡Nueve veces noventa! — repitió Alicia con desesperación —. ¡Nunca se acabaría! Será mejor que entre de una vez.

Y entró; su aparición provocó un imponente silencio. Alicia, muy nerviosa, echaba ojeadas a la mesa a medida que atravesaba el extenso salón, y pudo observar que había como cuarenta comensales de todas las especies. Animales..., pájaros, y hasta algunas flores veíanse entre ellos.

—Me alegro de que hayan venido sin pedírmelo — iba discurriendo —. ¡En la vida hubiese sabido a quiénes debía invitar!

En la cabecera de la mesa veíanse tres sillones. Las dos reinas habían ya tomado asiento en dos de ellos. El tercero, en medio, aparecía vacío.